L

as universidades sueñan con que sus egresados llevarán sus aspiraciones al Congreso. Y los contadores esperan que sus colegas congresistas levanten sus banderas. En nuestro país no existe control de los electores sobre sus elegidos. Estos obran con total independencia, pudiendo dedicarse a su provecho personal. Se dice que el manejo de dinero y de contratos es la moneda con la que se garantiza el apoyo parlamentario. Esto, ni más ni menos, es una forma de corrupción. No parece que nuestra institucionalidad tenga hoy la fuerza para arrancar el mal.

La fuerza que finalmente vence a los funcionarios del Estado, congresistas, gobernantes o jueces, es la opinión pública. La formación de esta correspondió durante siglos a la prensa. Hoy estamos viviendo un momento distinto, en el cual las redes sociales logran efectos incluso más grandes que los medios de comunicación masiva, como la prensa, la radio o la televisión.

La gran mayoría de los contadores colombianos es invisible. Están trabajando en sus empresas, lejos de los esfuerzos de sus líderes universitarios o gremiales. Puede que, si se les preguntan ciertas cosas, como, por ejemplo, como conciben la revisoría fiscal, hablen repitiendo lo que oyeron sostener a sus profesores. Pero en otras, su pensamiento está alineado con la filosofía empresarial.

En otras palabras, no hay defensores de la profesión contable en el Estado. Las normas que les imponen más obligaciones y más castigos son frecuentes. Las visiones ultra exigentes de los funcionarios que los supervisan o juzgan son repetidas por personas que no saben de contabilidad, auditoría o contaduría, que se aferran a las palabras de ciertos textos legales, como si el derecho fuese letra muerta.

Esto no quiere decir que los contadores no puedan formar opinión pública. Solo que no lo han entendido así y no se han arriesgado a recorrer este camino. Sucede que para una parte de la profesión el Estado es un gran proveedor de contratos. También lo son los grandes empresarios. Hablar contra ellos es una estrategia comercial cuestionable. A la final uno tiene que soportar lo que permite.

Las universidades también le tienen temor a cuestionar ciertas instituciones. Al fin y al cabo, también son organismos políticos, como cualquier otro.

Por lo anterior, con cada vez mayor frecuencia, aparecen grupos de intelectuales, que se auto congregan para sostener ideas respecto de las cuales tienen consenso. Hay que estar muy atento a lo que dicen, especialmente a través de la comunicación electrónica. La capacidad de crítica social de los contadores es muy alta, como es propio de quienes dominan la información. Su valor civil, en cambio, es bajo. Refunfuñan cuando se les pide que actúen como buenos ciudadanos, porque ellos lo que ven son más posibilidades de ser castigados por sus eventuales deficiencias. Mientras no rompamos estos círculos seguiremos en el mismo surco.

*Hernando Bermúdez Gómez*